



**XXVI**  
**CONGRESO INTERAMERICANO  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA**  
CHILE, 8 al 10 de enero 2020



## PALABRAS DE APERTURA

**Oscar A. Pérez Sayago**  
**Secretario General**

Estimados educadores de América.

Muchas gracias por asistir a nuestro XXVI Congreso Interamericano de Educación Católica, muchas gracias por el camino que se han animado a realizar y a recorrer, muchas gracias por seguir motivados y hacer hoy presencia a pesar de la situación social que vive Chile desde los últimos tres meses, muchas gracias por el esfuerzo y dedicación que tienen a diario en las Escuelas Católicas de sus países, eso se llama heroísmo.

La Confederación Interamericana de Educación Católica – CIEC celebra en el año 2020 sus setenta y cinco años de servicio y compromiso con la educación católica de América. Nuestra misión es animar la evangelización de los pueblos de América a través de la educación, difundir y defender los grandes principios que conciernen a la organización y orientación de la Educación Católica, y promover la comunión y solidaridad entre sus miembros.

La Escuela Católica de América abarca todos los niveles educativos formales, los grupos etéreos, y alcanzan también la educación formal e informal. Históricamente se crearon escuelas primarias, colegios privados con los ciclos básicos y secundarios con escuelas populares anexas, en algunos países hicieron presencia en el sector estatal y, con menor frecuencia, establecieron instituciones terciarias. Así mismo, se observa que la mayor parte de los proyectos educativos han estado dirigidos a la educación formal de ciclos primarios y secundarios. La oferta de educación no formal o de proyectos educativos distintos a la escuela aparecen tímidamente en los últimos años.

La evolución de las instituciones ha sido variopinta. En varios casos, las obras conservan las poblaciones y los niveles en las que nacieron; pero también es posible observar que instituciones que nacieron populares se fueron transformando en propuestas para clases medias, lo cual ha obedecido tanto a la transformación de los contextos geográficos en que aparecieron, a la mejora de la situación económica de las poblaciones donde se ubicaron o, incluso, a la presencia de los hijos de los egresados que cambiaron su estatus económico.



**XXVI**  
**CONGRESO INTERAMERICANO  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA**  
CHILE, 8 al 10 de enero 2020



Como panorama general de la oferta educativa de la Escuela Católica podríamos decir que la mayor parte de las obras se concentra en escuelas formales con niveles básicos y secundarios dirigidos a poblaciones de clase media. Que sea la oferta mayoritaria no significa que no se atiendan también otras poblaciones con proyectos variados tales como formación de educadores, etnoeducación (indígenas y afroamericanos), educación para el trabajo, educación para migrantes, educación no formal, educación superior, etc. Por supuesto que también hay las que atienden a los estratos económicos altos de la sociedad. En general nuestras escuelas han buscado diversificar sus obras para responder a las realidades nacionales y cuentan con obras en todos los niveles y clases del espectro.

Conviene preguntarnos con frecuencia qué es lo católico de la misión educativa o, mejor, qué hace que una propuesta educativa sea católica. Reconozco el valor de muchos trabajos escritos sobre el tema y que dan pistas importantísimas para responder esta pregunta. Desde la CIEC asumimos que la Escuela Católica es “una espiritualidad que invita a encontrar a Dios y encontrarse con Él en la persona de los estudiantes y los colegas, y que anuncia a Jesucristo fundamentalmente por la manifestación del rostro misericordioso de Dios; una relación pedagógica respetuosa, creativa y propiciadora del crecimiento de las personas; una opción basada en la construcción de comunidad y en la preocupación por los pobres, la justicia y el cuidado de la casa común; una propuesta educativa de calidad y contextualizada a las realidades económicas, sociales y políticas; y con unos valores que, a partir de la esperanza, toman en cuenta las capacidades y potencialidades de cada persona y el compromiso con la construcción de una sociedad justa, equitativa y en paz. (Hno. Carlos Gómez, FSC).

No soy quién para hacer juicios de valor ni mucho menos para cuestionar siquiera “la catolicidad” de nuestras escuelas. No obstante, conviene siempre, como decía Bertrand Russell, “En todas las actividades es saludable, de vez en cuando, poner un signo de interrogación sobre aquellas cosas que por mucho tiempo se han dado como seguras”; entre otras cosas, porque fue siempre muy propio de tantos fundadores de congregaciones religiosas educativas como La Salle, San José de Calasanz, San Ignacio y Don Bosco, entre otros, revisar continuamente sus prácticas, reescribirlas, probarlas, rehacerlas y replantarlas.

Hoy más que nunca estamos invitados a la búsqueda de respuestas nuevas coherentes con las realidades. En concreto, tenemos que inventar las respuestas que correspondan a los cambios sociales, económicos y políticos de los pueblos en donde nos hemos



**XXVI**  
**CONGRESO INTERAMERICANO  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA**  
CHILE, 8 al 10 de enero 2020



encarnado, atentos especialmente a los niños y jóvenes que quedan excluidos de los beneficios de la globalización tanto en los países ricos como en los países pobres. En otras palabras, debemos convencernos que más importante que administrar el pasado debemos convertirnos al futuro.

La realidad nos muestra fehacientemente cosas que nos hemos negado a aceptar. La mayoría de nuestros países han hecho esfuerzos ingentes para aumentar la cobertura y, también en casos significativos, la calidad. En años recientes, buena parte del crecimiento de la oferta privada de educación básica y media se basó en la poca calidad del sector estatal y de su desprestigio. Las familias se preocupaban mucho de la poca continuidad de los procesos, en parte, de un lado, porque los movimientos sindicales de muchos países prolongaban los ceses de actividades para luchar por la reivindicación de sus condiciones laborales de manera que los días lectivos se reducían notablemente; y, de otro, porque la inversión en educación era exigua y no permitía adelantar procesos de formación de maestros ni buena dotación de escuelas y recursos pedagógicos. Obvio que de esto queda mucho; pero la tendencia que se observa permite ver que ha cambiado la dirección y que en pocos años la oferta estatal se habrá impuesto como opción para las familias, especialmente de clase media.

Al respecto, he escuchado muchas veces, de un buen grupo de gente vinculada con la educación católica, comentando con convicción casi incuestionable que el sentimiento cristiano de nuestros pueblos, el sustrato religioso profundo de nuestra gente y la preferencia de las personas por la educación centrada en los valores y confesional serían como el parachoques para esta nueva variable.

Creo que es importante desengañarnos rápido de esta postura. Hoy la gente busca calidad que se expresa en mayor competitividad y, si a esto se suman los escándalos de las Iglesias y la consecuente pérdida de confianza en la Institución, creo que estamos buscando la llave donde no se ha perdido. Con frecuencia, en reuniones de educación, tengo conversaciones con académicos que fueron estudiantes de colegios católicos y, aunque guardan gratitud y reconocen el trabajo, expresan que las escuelas de la Iglesia han perdido el norte pedagógico y se han quedado estancadas en la repetición de fórmulas y formas que tuvieron sentido en otras épocas y en otros contextos pero que no son realistas para el presente.

No se trata de asumir una posición pesimista. Se trata de ver las oportunidades que esta realidad nos ofrece. Quizás el contexto nos permite abordar y pensar con más

tranquilidad cómo convertirnos al futuro e ir dejando la angustia por la administración del pasado.

El Papa Francisco nos ha invitado ser “una Iglesia en salida”. Él ha llamado continuamente a educadores y congregaciones religiosas a asumir la vida y la misión como un proceso exodal, como un proceso basado más en la fe que en las seguridades, más en la confianza en Dios que en las certezas. Más aún, llama a los religiosos y a los laicos para que, en nuestras fragilidades, crisis vocacionales, disminución de efectivos, encontremos en la fragilidad el poder de Dios.

El lugar social y misional de la escuela católica habrá que encontrarlo, entonces, en las nuevas marginalidades en las que se debe expresar y manifestar la “experiencia fundante” de la Escuela Católica. En palabras del Hno. Alvaro Rodríguez quien fue Superior General de los Hnos. De La Salle, se trata de:

- ✓ *Salir de Egipto, del Egipto de nuestras seguridades y certezas para mirar con ojos nuevos las urgencias que viven los niños y los jóvenes del continente. Niños y jóvenes sin escuela, sin familia, en las calles. Niños soldados. Niños abusados. Niños trabajadores sin ninguna formación técnica. Niños y jóvenes desplazados por las guerras. Niños y jóvenes inmigrantes en países que no los acogen y desprecian.*
- ✓ *Pasar el Mar Rojo de nuestras inseguridades e incertidumbres. De estilos de vida secularizados, desapasionados, desilusionados y consumistas, que no revelan al mundo la pasión de Dios por los pobres y por los más desheredados de esta tierra. Inseguridades por la disminución de efectivos en la vida religiosa. Inseguridades en la vida comunitaria y profesional. Inseguridades por la violencia y las guerras. Por las situaciones políticas y sociales que traen como consecuencia la miseria para tantos hombres y mujeres, familias enteras sumidas en la indigencia.*
- ✓ *Y sobre todo, apertura a encontrar pueblos extraños, en nuevos lugares de servicio educativo, con nuevas personas, abriendo nuestras tiendas a tantos y tantos hombres y mujeres que encuentran también su centro integrador entre nosotros.*

Las nuevas marginalidades hoy están marcadas por la inmigración, el desempleo o el empleo informal, el no acceso a las tecnologías, los sectores rurales no vinculados a las comunicaciones, el desplazamiento por causa de la violencia; otros tienen que ver con asuntos de género, edad o raza. Muchos de los cuales están protestando hoy en nuestros países de América.

Es, pues, impostergable las reflexiones y decisiones sobre cómo haremos presencia en estos nuevos contextos y realidades del Continente. *Sobre el vicio o el pecado de la*



**XXVI**  
**CONGRESO INTERAMERICANO  
DE EDUCACIÓN CATÓLICA**  
CHILE, 8 al 10 de enero 2020



*indiferencia, el papa Francisco dijo lo siguiente el 8 de junio del 2013 durante su visita a Lampedusa: “¿Cuántos de nosotros, yo incluido, ya no estamos atentos al mundo en que vivimos, no nos importa, no protegemos lo que Dios creó para todos y terminamos siendo incapaces hasta de cuidar unos de otros?! Y cuando la humanidad pierde el rumbo, se producen tragedias como esta [...]. Hay que hacerse una pregunta: ¿quién es el responsable de la sangre de estas hermanas y hermanos? ¡Nadie! Esa es nuestra respuesta: ‘No he sido yo, no tengo nada que ver con ello, deben de haber sido otros [...]’. Hemos perdido el sentido de la responsabilidad hacia nuestros hermanos [...]. La cultura de la comodidad, que hace que pensemos solamente en nosotros mismos, nos vuelve insensibles a los gritos de otro (...) En este mundo globalizado, hemos caído en la indiferencia globalizada. Nos hemos acostumbrado al sufrimiento de otras personas”.*

Se vislumbran, pues, tiempos para la creatividad y la esperanza, tiempos en que la fuerza, coherencia y consistencia de nuestra propuesta que, a manera de signo nuevo, aportará aire fresco y sentido a la niñez y juventud. Es el momento para ser significativos en nuevos escenarios, con nuevos desafíos, para las nuevas generaciones en los países donde hacemos presencia.

Y para finalizar mi intervención, quiero expresar en nombre de la CIEC, de su consejo, de las regiones que la integran y del secretariado general, nuestra gratitud a Chile, a sus autoridades eclesíásticas y educativas, a FIDE y todos los chilenos por acogernos. Eterna gratitud a las personas que trabajan conmigo en la oficina de la CIEC, a Gustavo Ibarra y Andrea Muñoz. A las editoriales y empresas que creyeron en nosotros y confían en la propuesta educativa de la Escuela Católica, muchas gracias.

Para usted señor Nuncio Apostólico en Chile, S.E. Mons. Alberto Ortega Martín; Mons. Santiago Silva, Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile; Mons. Ignacio Ducase, Arzobispo de Antofagasta; Mons. Héctor Vargas, Obispo de Temuco y presidente del área de educación de la Conferencia Episcopal de Chile; Mons. Juan Pablo Cerrillos, secretario de la Nunciatura Apostólica su presencia demuestra el compromiso de la Iglesia por la educación. Muchas gracias. Para los invitados especiales y maestros de América que nos honran con su presencia, nuestra eterna gratitud, por el compromiso de todos ustedes con la Escuela Católica de América.

Ser educador, es tener una causa por la cual consagrar la vida. Siendo las \_\_\_\_\_ de hoy 8 de enero de 2020, como secretario general de CIEC, declaro formalmente inaugurado el XXVI Congreso Interamericano de Educación Católica con el tema: LIDERAZGO, COMUNICACIÓN Y MARKETING.